Ricardo Bendaña Perdomo, S.J.



Conociendo a fondo a Jesús, el Nazareno de La Merced

Cuaresma, 2006



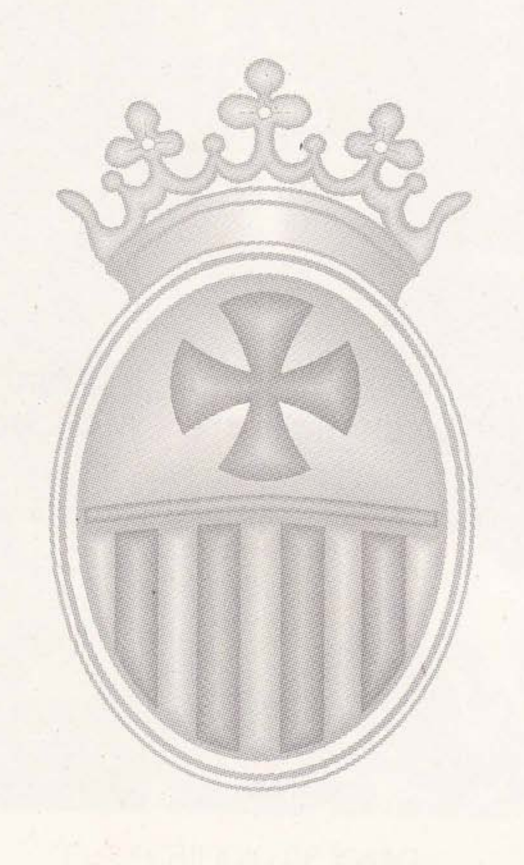
EL SACRIFICIO DE ISAAC
Viernes Santo 15 de abril de 1938

Ricardo Bendaña Perdomo, S.J.

Conociendo a fondo a Jesús, el Nazareno de La Merced

"Los cristianos del siglo XXI o serán místicos o no serán"
(Karl Rahner)

Cuaresma, 2006



Presentación

En la imaginería de Guatemala hay obras relevantes por la devoción de la que gozan, por su calidad artística o por estar vinculadas a situaciones personales o momentos históricos de la nación. En Jesús Nazareno de la Merced se funden estas y muchas otras circunstancias que hacen de esta imagen un medio de elevación espiritual dentro de la arraigada religiosidad de nuestro pueblo.

Añoranzas del pasado, realidades del presente y esperanzas del futuro, expectativas familiares, confidencias personales, estupor frente a tanto sufrimiento humano, el Nazareno de la Merced nos mueve a poner ante la presencia de Dios la alegría y el dolor de nuestra existencia, este año, de manera especial, el sufrimiento de nuestro pueblo azotado por la furia de la naturaleza. Así, llegamos a la Semana Santa del año 2006.

Paralelo a esto, la historia propia de la imagen de la cual forman parte los esfuerzos y los afanes de quienes han colaborado y servido para realizar su devoción; así transcurrió el siglo veinte, con encargados del culto a Jesús de la Merced, que dejaron su huella muy particular en esta devoción tan guatemalteca.

Algunas de las generaciones actuales tuvimos la oportunidad de conocer a don Carlos Olivero Nelson y al Licenciado Raúl Valdeavellano Pinot, quienes sirvieron la mayor parte del siglo pasado a nuestro Nazareno, y ya finalizando el siglo, el señor Manuel José Andreu Valladares asume el cargo e inicia el culto en el siglo veintiuno. Hoy tenemos que lamentar su inesperada muerte, acaecida el pasado 8 de septiembre, que ha dejado conmoción y pesadumbre.

Estos son los tres últimos encargados generales del culto a Jesús de la Merced; pero hay otra figura destacada por su servicio en muchas facetas de su vida sacerdotal, entre ellas dos veces párroco y baluarte de La Merced en muchas situaciones difíciles, especialmente para el terremoto de 1976

y luego en la reconstrucción del templo, además de verdadero padre espiritual de muchos fieles y devoto de siempre del Nazareno de La Merced: el Padre Jorge Toruño Lizarralde, S. J., quien nos dejó apenas iniciado el 2005, el 17 de enero.

Menciono sólo cuatro nombres, eslabones de una cadena de servidores que, junto a miles de devotos y devotas, han seguido a través de los años el camino de Jesús, inspirados en la imagen del Nazareno cuya devoción dura ya tres siglos y medio.

Todo esto es parte de la historia de la imagen del Nazareno de la Merced, lo mismo que una riqueza de tradiciones y leyendas que lo envuelven. Pero aún mayor es la riqueza de la fe de todo un pueblo, que cree en el Dios que ratificó la verdad de su enseñanza con su pasión, con su muerte y con la más trascendental de las verdades a la que nos invita a participar: su Resurrección. Por eso hemos creído conveniente acercarnos en este folleto a un tema que nos ayude a crecer en la fe en el Dios único y en la valoración de nuestras devociones. Con esta intención, el Padre Ricardo Bendaña, S. J., conocedor de la Historia de la Iglesia en Guatemala, y además, devoto de Jesús de la Merced, ha preparado el material para el folleto que presentamos, cuyo contenido nos ilustra sobre temas básicos en nuestra formación católica.

Por eso, aconsejamos su lectura y comentario en grupo de familiares y de amigos, especialmente de quienes comparten nuestras tradiciones.

Deseamos que la devoción a Jesús de la Merced y esta lectura les ofrezcan una Pascua de Resurrección vivida en las circunstancias de cada día.

Arturo Zepeda Aldana
Coordinador General del culto a
Jesús Nazareno de la Merced.

GUATEMALA, SEMANA SANTA DE 2006.

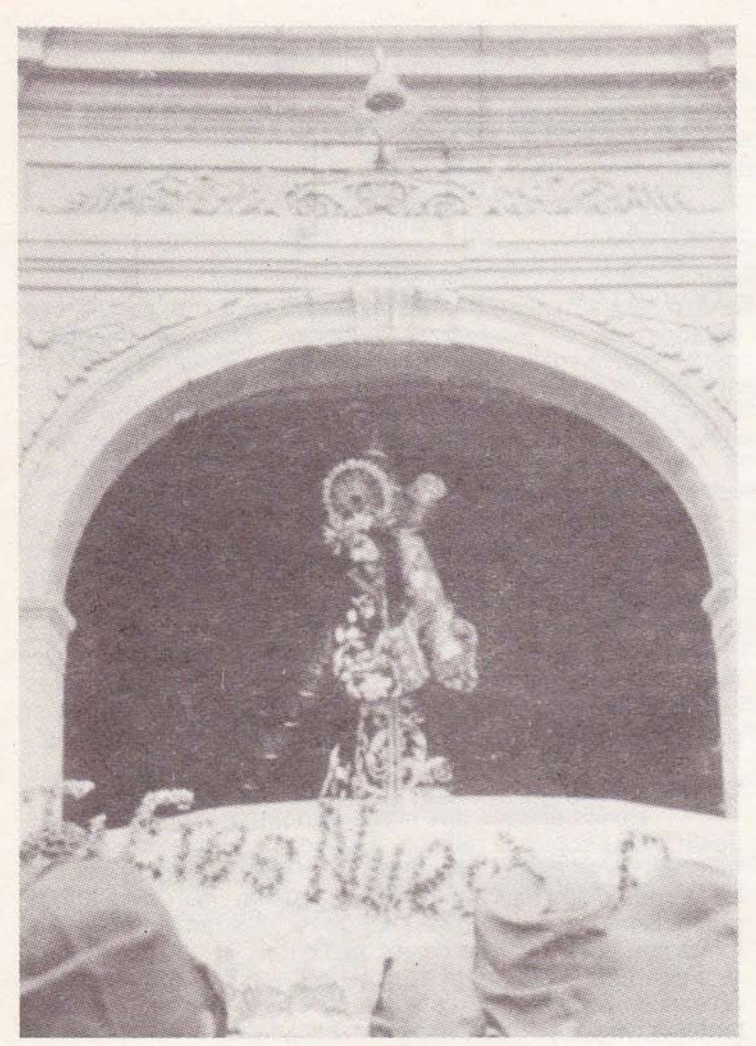
Conociendo a fondo a Jesús, el Nazareno de La Merced

"Los cristianos del siglo XXI o serán místicos o no serán"
(Karl Rahner)

Se ha escrito bastante y bien sobre la historia, el esplendor y la devoción que en Guatemala suscita la imagen de Jesús Nazareno de La Merced. Considerando que esa convocatoria y sentimiento popular están muy arraigados y se encaminan a motivar una genuina vida cristiana, nos parece oportuno recordar y actualizar algunos principios fundamentales de nuestra fe cristiana, para iluminar mejor nuestras prácticas devocionales. Este artículo responde al estilo del nuevo Vicario de Cristo, el Papa Benedicto XVI, quien nos invita a ser consecuentes y a usar la inteligencia para sustentar sólidamente nuestras convicciones cristianas. No va a ser fácil esta lectura, como tampoco nunca ha sido fácil seguir de cerca a Jesús u obtener un "triunfo" bien ganado, pero vale la pena entrar en esta lectura, aunque sea poco a poco, y si es posible compartida con la familia y los amigos. Pueden estar seguros que el fruto de ese esfuerzo por pensar nuestra vida y nuestra fe será satisfactorio e inspirador, como un buen retiro espiritual. Para enriquecer esta reflexión teológica, seguiremos de cerca al teólogo Andrés Torres Queiruga que con otros especialistas organizó un importante foro sobre los temas que trataremos, publicado con el título de "*10 Palabras Clave en Religión*".

Contra la religión.

En los últimos dos siglos han proliferado las críticas destructivas contra la religión. Han dicho que la creencia en "dios" es un subproducto perteneciente a la etapa pre-científica de la humanidad (A. Comte), que la religión no es más que la proyección de los deseos humanos de felicidad completa, de forma que "dios" no pasa de ser más que un sueño del hombre (L. Feuerbach), que fuera de la naturaleza y de los hombres, no existe nada, y los seres superiores que ha creado nuestra fantasía religiosa no son sino los deseos fantásticos de nuestro ser.



TU ERES NUESTRO REY
Viernes Santo 8 de abril de 1955

Suprimiendo la alienación económica automáticamente desaparece la alienación religiosa (Engels y Marx). Sin embargo, teniendo todo el poder en sus manos ni suprimieron la insatisfactoria distribución de los bienes ni desaparecieron la religión. A fines del siglo XIX Federico Nietzsche triunfalmente proclamaba: *¡Dios ha muerto!* .

El gran psicólogo S. Freud y su escuela psicoanalítica consideran la fe religiosa como una neurosis colectiva de la humanidad, producida por un falso sentimiento de culpabilidad en la que intervienen la idealización del padre terreno y el instinto de protección.

La nueva cultura.

A estos ataques hay que añadir una amenaza más grave, la de la nueva cultura o *new age*, con un estilo de vida y modas cada vez más confrontadas con la naturaleza, materialistas, autosuficientes, individualistas, más competitivas, excluyentes y carentes de valores. Cultura global manejada por poderosos y omnipresentes sistemas económicos y políticos, que dominan el mundo porque controlan los mercados, la ciencia y tecnología, la fuerza y los medios de comunicación poniéndolos al servicio de sus intereses y no para satisfacer las grandes necesidades materiales y espirituales de la humanidad. Y, claro, si ni siquiera respetan lo natural, ¿cómo van a entender y valorar lo sobrenatural?

Una realidad incuestionable.

Lo anterior explica en buena parte el largo proceso de desacralización en el que ha ido desapareciendo el sentido y el aprecio de lo sobrenatural y del mismo amor en la relación con los semejantes, llevándonos a la crisis religiosa y moral que hoy vivimos.

En contraposición, estudios realizados a fines del siglo XX ponen de relieve tres hechos decisivos: el fenómeno religioso es una realidad incuestionable a nivel mundial, lo sagrado tiene una función capital en la sociedad y el ambiente socio-cultural tiene una gran influencia en la vivencia religiosa.

Los hechos nos demuestran que, aunque haya una gran confusión, al comenzar el siglo XXI Dios está más presente que nunca. ¿Qué ha pasado? Veamos.

Siempre han buscado a Dios.

La historia de la humanidad nos recuerda que los hombres y mujeres siempre han buscado a Dios, sea desde la razón (filosofía) sea desde la fe (religión).
Unos han comprendido primero y creído después. Otros han creído primero y comprendido después. Otros simultáneamente, según las oportunidades de educación religiosa que han tenido. Unos han explicado muy bien su experiencia de Dios, otros han preferido el silencio y la adoración humilde. Unos han seguido fieles en su Iglesia materna, otros, para calmar su sed de Dios o de pertenencia o de seguridad, se han unido a lo que han encontrado, sin importar su consistencia.

Pero, en el fondo, para muchos, como decía San Agustín, Dios sigue siendo "*más íntimo que mi misma intimidad*".

El olvido de Dios.

No obstante, sobre todo entre la juventud, crece el olvido de Dios. Aunque hay muchos creyentes (entre ellos bastantes no practicantes) aumentan los agnósticos y disminuyen los ateos. De estos últimos, unos y otros parten del principio de que "*hay lo que hay, y nada más*", pues una vez se acaba la vida, se acaba todo, ya que sólo existe lo que se puede ver y tocar.

Lo que los diferencia es que los agnósticos -que son muchos incluso entre los que se dicen "creyentes" pero viven sólo para satisfacerse a sí mismos- se han instalado en la vida sin necesidad de razonarla, simplemente "*la pasan*" rechazando todo esfuerzo por encontrar una explicación, pues lo consideran algo inútil e incluso un atentado contra "su libertad".

Los ateos en cambio procuran razonar su opción.



EL PASO DEL MAR ROJO Viernes Santo 30 de marzo de 1956

El gran filósofo vasco Zubiri dice que el ateísmo es una interpretación o una opción, como lo es la aceptación de la realidad de Dios... El que admite la realidad de Dios tiene que dar sus razones, pero también tiene que darlas el que lo niega. Aunque para el creyente, Dios, más que una razón, es su experiencia vital.

Dios presente.

A pesar de todo, Dios está presente en el corazón y la mente de muchísimas personas, de todas las religiones, quienes tienen en común la aceptación del "*misterio*" que no se percibe como un secreto escondido o algo inexplicable, sino como una realidad suprema, absolutamente superior, bien sumo que nos sostiene y vivifica, que por superar todos nuestros límites y dimensiones no cabe en ninguna palabra ni en ninguna imagen. Cuando nos apartamos de él nos sentimos finitos y culpables.

Sin embargo no es lo mismo sentirse separados de Dios o neurotizados por culpabilidades malsanas que sólo llevan a remordimientos, parálisis, amarguras o fanatismos, que cuando se confía en la fuerza sanadora del Dios que perdona y restablece la amistad truncada o la fidelidad creadora que produce hombres y mujeres reconciliados, en paz, que llegan a convivir en una relación de diálogo personal y amistoso con el mismo Dios.

Todo esto sucede respetando las circunstancias y ritmos propios de la vida de cada quién, y cómo el amor humano, a través de mediaciones externas o signos o detalles, con las cuales el misterio y el creyente se comunican y van provocando, si la persona colabora, un continuo proceso de conversión y crecimiento humano y espiritual.

Pero a diferencia de los comportamientos mágicos que tratan de manipular a Dios para someterlo a sus propios deseos, la verdadera mujer u hombre religiosos no buscan alcanzar sus propios deseos sino los de Dios, terminando en un "*Hágase tu voluntad*", en un "*Gracias, mi amor*" o en un "*¡Amén!*".

El misterio divino.

Aunque en un principio ha prevalecido el politeísmo; después de muchas experiencias religiosas surgió el monoteísmo con Yahvé que se manifiesta al pueblo de Israel, llevado a su plenitud en el cristianismo, y luego también tomado por el islamismo.

Aunque el misterio divino es el Creador ("*En el principio, cuando Dios creó...*, Gen 1,1ss), el Innombrable ("*Yo soy el que soy*", Ex 3,14), el Invisible que se ve ("*Mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo...*", Ex 33, 17-20), el Dialogante, la Palabra... ("*No me eligieron ustedes a mí, yo los elegí a ustedes... y les he dado a conocer...*, Jn 15,16).

Punto de referencia.

Lo anterior nos lleva a recordar nuestro encuentro con "el misterio" o "lo sagrado" que es una realidad superior, distinta, sin comparación, como dice R. Otto, una realidad tremenda, fascinante, que dota de un dinamismo especial y le da a quien se acerca a Él, una razón para vivir en medio de un mundo profano, cambiante, inseguro, y un sentido último y absoluto a la vida y a la muerte.

Se convierte en un punto de referencia que da seguridad en el caminar, en un sustento firme para construir, sugiere, impulsa, da energía. Pero si "lo sagrado" da un nivel diferente y superior para comprender la vida, "la religión" es la actitud o el compromiso provocado por esa cosmovisión, es decir que una vez el ser humano ha descubierto esa realidad mayor, sobrenatural, que tiene a su alcance, experimenta un nuevo sentido para su vida y el constante deseo de ser mejor.

Búsqueda continua.

La auténtica actitud religiosa es determinada por la búsqueda continua de sentido último y de fidelidad al misterio encontrado, asumiendo la propia existencia en sentido trascendente, o sea, aceptando la invitación para compartir la existencia divina. Esto sólo es posible cuando el hombre encuentra esta realidad dotada de características personales que le sirven de verdadero interlocutor.



"Desde el amanecer hasta el anochecer espera Israel en el Señor"
Viernes Santo 12 de abril de 1963

Es decir, que la persona se sabe tocada por esa presencia activa del misterio, de lo sagrado o de Dios y responde a su requerimiento con la entrega incondicional en la más absoluta confianza, en lo que se llama aceptación de la Alianza. De este modo la religión ya no es sólo un "servicio divino" o un mero escuchar, sino que se vuelve actitud y dinamismo con el que el hombre y la mujer adquieren la perfección integral.

... o serán místicos o...

La religión en su aspecto místico hace que la persona al sentir la presencia divina en su conciencia se considere colaboradora suya, percibiendo su propio ser como *siendo* en otro, *perteneciendo* a otro y *viviendo para otro*. Los místicos son aquellas personas que viven intensamente, radicalmente porque experimentan a Dios en forma muy viva y cercana y siempre tienen muy clara la meta trascendente a la que se dirigen.

Por otra parte la presencia del absoluto en la vida humana, provoca reacciones, sentimientos y actitudes que condicionan la existencia con un continuo llamamiento a la excelencia. Aquí es donde se entiende el pensamiento de Karl Rahner cuando dice que *"los cristianos del siglo XXI o serán místicos o no serán"*. Tampoco debe pensarse que la religión es algo meramente sentimental, en realidad implica a todo el ser humano aunque las sensaciones son los resortes de la vida interior.

La religión es también obra de la inteligencia, pues se basa en el descubrimiento del sentido último y del valor supremo. Por eso, todo *credo* religioso se articula en torno a un conjunto de verdades, a una doctrina que aglutina las verdades fundamentales y necesarias para alcanzar la salvación.

Solo en unión.

Además, la conciencia religiosa no se reduce a un sentimiento de intimidad individual o conciencia de cada uno, sino que, por la misma dimensión social del hombre, rebasa



SANTISIMA VIRGEN DE DOLORES
Viernes Santo 10 de abril de 1936

la individualidad y funciona en una colectividad, tomando un carácter comunitario pues sólo en unión con otros se alcanza la perfección individual, las legítimas aspiraciones y la salvación. Esto significa que la relación con Dios, indudablemente, pasa por la relación con los semejantes. La religión apunta siempre a un más allá de uno mismo, pues su meta es un ser trascendente, sobrenatural.

Por eso en la verdadera práctica religiosa siempre entran en juego dos factores: la interpelación divina (revelación, llamamiento, escucha) y la respuesta humana (fe, conversión, compromiso).

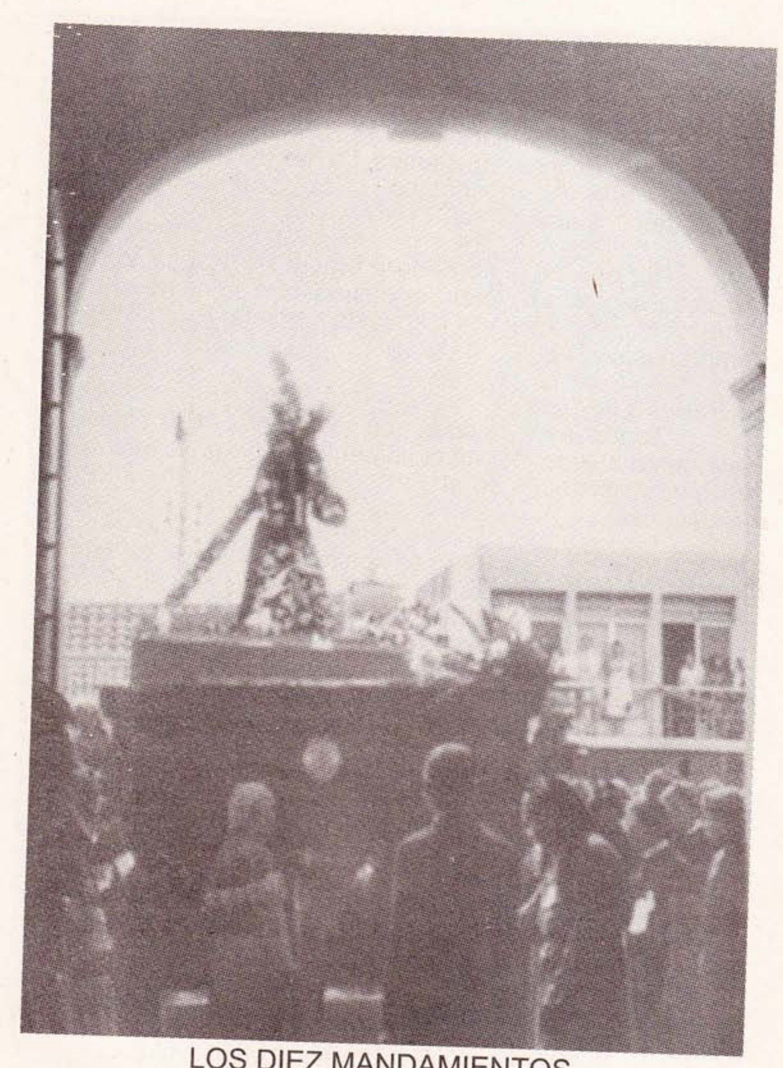
La Palabra de Dios.

Todas las religiones son reveladas, pues ellas son justamente el lugar donde la humanidad cae en la cuenta de lo divino, es decir, donde lo descubre comunicándose, revelándose.

Para nosotros, Dios se nos revela en la Biblia, que es un mensaje vivo y vivificante por el que Dios nos dice lo que nos ama, lo que ha hecho por nosotros y lo que espera de nosotros. "*Los libros sagrados* -afirma el Concilio Vaticano II en la Constitución *Dei* Verbum, 11- *enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para nuestra salvación*".

Dios se comunica por medio de hombres inspirados que en lenguaje humano nos trasmiten lo que Él quiere decirnos, pues ellos solamente son sus instrumentos o portavoces, guiados por el Espíritu Santo.

Por eso, para el cristiano, recibir la Palabra sagrada es escuchar al mismo Dios. San Agustín decía: "*La Palabra de Dios es Dios mismo, como la palabra del mundo es el mismo mundo (Hom* 46,1)... *La Biblia es Dios que se abre, se revela y se nos entrega. Quien conoce la Escritura, conoce a Dios*" (*In Hex. Com.*, 1.12,17).



LOS DIEZ MANDAMIENTOS
Viernes Santo 19 de abril de 1957

Siendo todo el Antiguo Testamento una preparación para su llegada y el Nuevo Testamento la proclamación de su presencia entre nosotros, la plenitud de la revelación es Jesucristo, la Palabra hecha carne, que mandó a los apóstoles a predicar por todo el mundo el Evangelio como fuente de verdad salvadora y norma de conducta.

En síntesis: La Biblia nace del constante y profundo amor de Dios con su pueblo, que se entrega a él en su Hijo y en su Espíritu permanece y vivifica desde el corazón de su Iglesia y de sus hijos. Por eso decimos que la Biblia es el libro de la vida, el camino seguro que nos lleva al descubrimiento de Dios y al encuentro con Él.

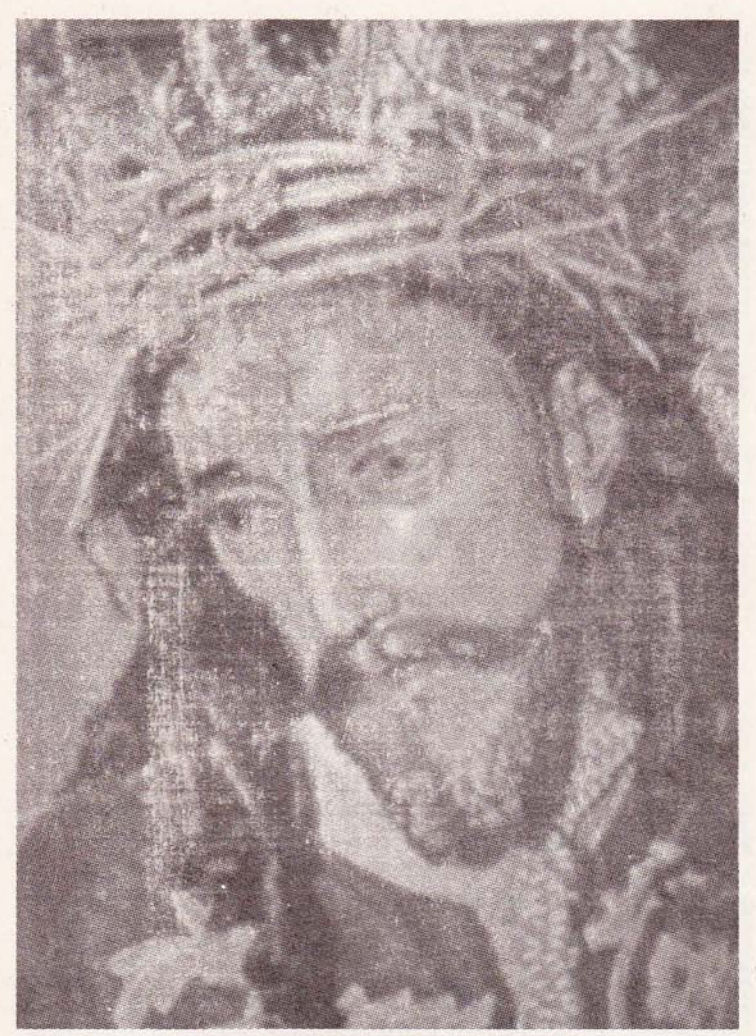
Una inquietud permanente.

Muchos contemporáneos, igual que Nietzsche, piensan que "*El hombre de la fe, el 'fiel' de cualquier índole, es necesariamente un hombre dependiente... Toda fe es de por sí, una expresión de alienación de sí mismo, de abdicación del propio ser...*" (*El Anticristo*, 54).

En su ignorancia, algunos piensan que la fe es algo alienante, infantil, expresión de inmadurez e incapacidad, incompatible con la ciencia, resultado de una ilusión poco realista. Otros más generosos sitúan la fe en el terreno de lo opinable, en el que no cabe ninguna certeza ni comprobación científica.

Para nosotros, sin embargo, la fe no es algo que comienza en el área de lo religioso, sino que es una dimensión permanente del ser humano que hace posible la vida y el progreso humanos, está presente en todas las etapas de la vida y, además, lejos de ser irracional, exige el pensamiento y lo llama a su verdad.

Por eso San Agustín decía en su oración: "*Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti*".



CONSAGRADA IMAGEN DE
JESUS NAZARENO DE LA MERCED



SANTISIMA VIRGEN DE DOLORES
DE LA MERCED

Fe humana.

La fe es confianza en la vida, sin la cual no podríamos dar ni un solo paso. La confianza y la mutua aceptación permiten comunicarnos y convivir. Los mismos investigadores científicos nunca parten de cero, sino que aceptan y creen en las conclusiones a las que otros han llegado. Cuando el hombre entra al mundo ya lo encuentra culturalmente habitado y socialmente condicionado, hereda una familia, un lenguaje y un modo de ser que lo marcan decisivamente, a través de esta visión cultural adquirida percibe toda la realidad. Por eso no hay conocimiento ni ciencia sin fiarse de otros o sin cierto acto de fe, pues cualquier conocimiento exige confianza en el maestro, razón por la que Anselmo de Canterbury tomó como lema: "*Creer para entender*". Esto es lo que llamamos fe humana.

Sólo Dios es digno de fe.

Si es cierto que por la fe entramos en comunión con las personas, sin embargo una fe total entre hombre y hombre no es algo sensato, pues el hombre en sí es limitado, finito y resulta contradictorio apoyarse absolutamente en lo limitado. Eso es buscar a Dios donde no está. Por ser el amor absoluto, el Padre y Madre original, sólo Dios es digno de fe. Aquí entramos en el campo de la fe religiosa propiamente. Tenemos que evitar caer o en el "*racionalismo*" que limita la capacidad de lo humano, a la pura comprobación empírica, y termina desembocando en el ateísmo; o en la "*credulidad*" que se deja deslumbrar por el gusto de lo maravilloso y puede desembocar en el fanatismo o en el infantilismo religioso.

Fe cristiana.

La dimensión realista de la fe cristiana encuentra su referencia clave en Jesús de Nazaret, en la historia de ese hombre y no en una proyección imaginativa sobre él. De ahí el interés de los cristianos por la "*credibilidad*" de Jesús, por saber y conocer de éste a quien otorgan su fe, en una palabra, por la *legitimación* de ese Jesús que se presenta como enviado del Padre. La credibilidad forma parte de la fe, así como la amabilidad forma parte del amor.



LA VERDAD INSTRUMENTO DE LA PAZ (S.S. Juan Pablo II)
Viernes Santo 4 de abril de 1980

Credibilidad no es aquello que parece más "lógico", sino aquello que presenta signos de autenticidad, bien por la fuerza con que se presenta, bien por la confluencia de una serie de indicios, bien por la garantía que ofrecen sus testigos. Antes de creer y comprometernos con la palabra supuestamente revelada, debemos preguntarnos si los acontecimientos en los que Dios se revela son auténticos, si en ellos aparecen indicios de que se habla realmente en nombre de Dios, etc.. Pero ningún argumento de credibilidad puede obligar a creer, porque ésa es una opción libre y responsable de la persona que cree.

En síntesis, la credibilidad es una visión panorámica que valora indicios y signos y contempla el conjunto. Pero el gran signo, que incluye todos los demás signos, es para el cristiano la vida, palabra y obras de Jesús, así como su experiencia actual del Espíritu del Resucitado. En otras palabras: tenemos que estudiar nuestra fe porque cada vez hay menos lugar en la Iglesia para "católicos ignorantes".

Respuesta de amor.

La fe, más que la aceptación de una serie de verdades, es un encuentro personal, de modo que el "*yo creo*" se convierte en un "*yo creo en ti, te creo*". La fe es la forma como yo tengo acceso a la persona del otro, a su realidad, a su intimidad más profunda. Es también una respuesta de amor y posibilidad de participar en la vida del amado, en sus pensamientos, en su manera de ver, por eso es confiar en la palabra que nos da esa persona.

Como decía Miguel de Unamuno, "*La fe no es una adhesión de la mente a un principio abstracto, sino la entrega de la confianza y del corazón a una persona, para el cristiano a la persona histórica de Cristo*" (*Ensayos*, Ediciones Aguilar, Madrid, 1958 II. 60-61). Pero además de ese encuentro personal con Dios, la fe es un camino, pues los encuentros no acaban nunca. Ejemplo perfecto de ese permanente encuentro con Dios es la Virgen María quien hace de su fe, una respuesta de amor incondicional, asumiendo en su maternidad al mismo Dios que se hace hombre, no como una dignidad, sino como



Alégrate Reina del Cielo, pues a quien mereciste llevar, resucitó...Aleluya.
(REGINA COELI) Viernes Santo 17 de abril de 1987

proyecto de Dios, con todas sus consecuencias, incluyendo su amor materno a toda la humanidad. Dios es tan infinito que no alcanza una vida entera para comprenderlo, ni la suma de todos los grandes pensadores de la historia para expresarlo. Dios se va revelando progresivamente, por etapas, los encuentros con Él siempre son otros kilómetros de un camino, como una larga peregrinación que paso a paso nos va acercando.

El hombre con Dios.

El objeto central de la fe cristiana es: *creo en el Dios que se revela en Jesucristo* (y no tanto en una serie de verdades y dogmas) *y creo porque me fío de ese Jesús que revela el rostro del Padre* (y no por intereses socio-culturales ni necesidades psicológicas). Por eso, la fe cristiana es un encuentro inmediato del hombre con Dios, un encuentro con el trascendente, pero a través de las mediaciones humanas, que prolongan en la historia la encarnación del Dios que se acerca y se manifiesta definitivamente al hombre "*en la plenitud de los tiempos*" (Gal 4,4), haciéndolo a través de una humanidad, la de Jesús o las nuestras ¿Por qué no? Esto nos recuerda que la fe tiene un carácter sacramental, porque el Dios trascendente toma cuerpo en la historia, el espíritu se materializa. Nos recuerda también que la razón y el motivo último de la fe es Dios mismo, quien, sin anular la libertad o la iniciativa humana, interactúa con nosotros por su Espíritu Santo. Pero somos nosotros los que creemos, si queremos, pues la afirmación o negación de fe es nuestra respuesta personal. Aunque Dios ofrece signos y gracias que nos ayudan a creer -Jesucristo, su Iglesia, los niños, los santos, el arte, la naturaleza misma, etc.-, en la vida no pocas veces se encuentran anti-signos, inconsecuencias u obstáculos reales, que pueden alejarnos de Dios. Sin embargo los medios o mediaciones humanas siempre son relativos, superables por el único absoluto que es el objeto central de la fe: Dios mismo.



LLAMADOS A LA FE DE CRISTO Viernes Santo 1 de abril de 1988

Viviendo como Jesús.

El cristianismo es una forma privilegiada de entender y asumir, de padecer y realizar lo humano, partiendo de Jesús a quien sus fieles reconocemos como el Cristo, el Ungido, el Prometido, el Enviado de Dios. *Sólo existe una manera de hablar del cristianismo: Recordar y hacer vida la historia de Jesús, el Cristo.* El cristianismo consiste en recordar la historia de Jesús, haciendo que ella sea hasta el final de los tiempos "La Palabra de Dios" que es llamamiento, invitación, su presencia entre los hombres, por eso el cristianismo ha dialogado y los cristianos deben seguir dialogando con las grandes culturas de la historia. El cristianismo al relatarnos sobre el origen y el sentido de la vida nos revela lo que somos y para vencer nuestro pecado nos ofrece el perdón que reconcilia y recrea al hombre, haciéndonos así conformar una conducta regida por el amor y el servicio, para poder renacer en Cristo. Proceso que nos lleva a la comunicación, a la comunión y a la celebración de lo que somos, lo que creemos y lo que amamos. En síntesis: Dios ha creado al hombre para que sea plenamente humano, de modo que la vida cristiana no se quede tanto en prohibiciones o discursos, simbolismos, tradiciones y conmemoraciones, sino en el desbordamiento de vida que se expande y regala de manera generosa, viviendo y dándose como Jesús.

La fidelidad del amor.

Esto supone llegar a integrar armónicamente esa experiencia de profundidad y de gracia, al mismo tiempo natural y sobrenatural, humana y divina. La experiencia cristiana no se cierra donde termina la naturaleza, hay algo más allá de la naturaleza humana: la gracia, ese don que se recibe gratuitamente como ayuda para ser nosotros mismos, pero sin permanecer encerrados en nuestros propios intereses, y para crecer y trascender como hijos de Dios. Al superarnos así, a ese punto de cambio, surge como don y plenitud humana, el cristianismo. Eso es lo que se ha llegado a descubrir en la vida terrena de nuestro modelo original: Jesús, el Cristo. El perfecto Dios y perfecto hombre, venido a reconciliar lo que estaba separado, y en Él llamados a ser plenamente nosotros mismos.



TRANSFIGURACION EN EL MONTE TABOR
Viernes Santo 9 de Abril de 1982

En la medida en que, entre las contradicciones de la vida, nos vamos acercando a la paz interior y a la profunda satisfacción, descubrimos que Él es nuestro Salvador y al ser fieles al camino de Jesús, caemos en la cuenta que estamos salvados. Pero, en cumplimiento del Gran Mandamiento del Amor, debemos estar muy claros que la "*fidelidad a Jesús*" en la vida concreta es "*fidelidad al hombre*" -ahí donde alguien sufre, ahí está Dios y es ahí donde tenemos que mostrar la sinceridad y el realismo de nuestro cristianismo (Mt 25, 31-46). Jesucristo es Dios hecho carne y Él, por obra del Espíritu Santo, si se lo permitimos como María, quiere seguir encarnándose en nosotros para ser constructores de su Reino y proclamar la Buena Nueva de salvación al mundo de hoy.

Proyecto de Dios.

Para facilitar este gran proyecto de Dios, Jesús nos ha dejado su "*Iglesia* (que) *es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano*" o sacramento universal de salvación (Const. *Lumen Gentium*, LG, 1); "*un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*" (LG, 4), "*el cuerpo místico de Jesús"* (LG, 8). El lugar central en la predicación de Jesús no lo ocupa la Iglesia sino el Reino de Dios que no es más que la realización del sueño o proyecto divino cuando creó el mundo y en él nos colocó a nosotros los seres humanos. El quería un mundo donde prevalecieran la paz y el amor, la liberad, la verdad y la justicia, la fraternidad y la igualdad entre todas sus hijas e hijos. No siempre fue ni es así. Esto coincide con tantas propuestas para una *nueva humanidad*, un *mundo mejor*. Por eso tuvo que venir un Salvador, su Hijo. No para robarnos la iniciativa y la responsabilidad, sino para motivarnos y darnos la calidad humana capaz de comprometernos para alcanzar esa meta. Los miembros de la Iglesia somos los pretendientes del Reinado de Dios, no sólo porque lo esperamos, sino porque debemos construirlo y ofrecer su luz al mundo. Esa es la vocación cristiana en la que debemos ir madurando, auxiliados por nuestras devociones, abundantes en el medio guatemalteco, y dirigidas muchas veces a imágenes muy queridas como el Nazareno de La Merced, en cuya conmovedora expresión hay

un llamamiento y una convocatoria para que quienes lo veneramos, sepamos también seguirlo en la realización del gran Proyecto de Dios.

El Espíritu y la Iglesia.

Jesucristo convocó a los apóstoles y discípulos, proclamó la Buena Nueva con obras y palabras, entregó su vida por nuestra salvación y resucitó como cumplimiento y demostración del poder de Dios en Él, para nosotros. Él nos regaló su Iglesia, pero no la organizó hasta en sus últimos detalles. Simplemente nos legó su Espíritu y al asumir su responsabilidad apostólica los creyentes comenzaron a crecer entre todos los pueblos de la Tierra. Eso hizo que la Iglesia, gradualmente se fuera institucionalizando. La Iglesia se ha ido haciendo, gracias a la integración de los carismas y la institución, no sin que se hayan dado tensiones entre los mismos, como sucede en la unión del cuerpo y el alma. Ambos son obra de Dios y del hombre. El gran teólogo jesuita alemán, Karl Rahner, decía que "*la armonía entre ambas estructuras de la Iglesia, la institucional y la carismática, está garantizada a la larga por el Señor de ambas estructuras*" (Lo dinámico de la Iglesia, Herder, Barcelona, 1968, 56-57). Esta complejidad es a la que san Pablo se refería cuando le escribía a los tesalonicenses: "*No extingan el Espíritu; no desprecien las profecías; examínenlo todo y quédense con lo bueno*" (1 Tes 5,19).

Iglesia comunión.

En la Iglesia se ha dado una revolución o renovación tan radical, que aún no terminamos de conocer y de hacerla realidad, esto es *el Concilio Vaticano II* (1962-1965). Hasta entonces la Iglesia se comprendía en forma de pirámide: en la cúspide el Papa, a sus órdenes los obispos, los sacerdotes, los y las religiosas y en la base, pasivamente, los laicos. Dicho Concilio dio un paso gigantesco al proponer una estructura diferente: una Iglesia comunión. La Iglesia local (cada diócesis y región eclesiástica) en comunión de hermanos en la fe, y la Iglesia universal (todos, presididos por el obispo de Roma) como comunión de las Iglesias locales. Esta nueva realidad, en proceso, hace pasar a los creyentes de la pasividad a la

acción y se manifiesta por la cantidad de preposiciones "con" que se dan en los documentos del Concilio: comunión, comunidad, concelebración, colegialidad, colaboración, corresponsabilidad...

Universal vocación a la santidad.

En la Iglesia existen funciones distintas, pero eso no equivale a dignidades diferentes. La respuesta de Jesús a la pregunta de quién es el mayor en la comunidad de los discípulos fue tajante: ninguno. Tampoco existen en la Iglesia estados que por sí mismos son más perfectos que otros. Todos –laicos, religiosos, sacerdotes, mujeres y hombres, jóvenes y viejos-, estamos llamados a la santidad, lo que el Concilio llama "*la universal vocación a la santidad*" (LG 39-42). Esta no es privilegio de unos pocos, sino una invitación para todos, todas y en todos los estados de vida. La vocación al matrimonio, al ministerio sacerdotal, a la vida religiosa o a la soltería son modos distintos pero el Espíritu es el mismo.

Todos corresponsables.

Por otro lado, es importante recordar que todo el pueblo de la nueva alianza somos un pueblo sacerdotal, por lo tanto todos los bautizados participamos del "*sacerdocio común*", porque todos tenemos capacidad de ofrecer a Dios, desde nuestro propio estado de vida, un culto que le agrade: nuestra vida. En la misa todos hacen la ofrenda eucarística. En la comunidad todos tienen que tener un servicio o "ministerio" particular: unos cantan, otros leen, otros enseñan, otros atienden a las personas, otros limpian, otros recogen fondos, otros cuidan a los niños, ancianos o enfermos, otros organizan eventos, otros dan de comer, otros trasmiten el mensaje, otros escuchan, otros se consagran en la construcción de un mundo nuevo... Pero también por el sacramento del orden algunos son llamados a desempeñar el "sacerdocio ministerial" con funciones pastorales muy específicas como la de presidir la comunidad cristiana por medio de la eucaristía y la reconciliación, velar por la comunión fraterna y fidelidad a los carismas... Por eso la vida de la comunidad cristiana no es sólo responsabilidad del sacerdote, sino corresponsabilidad



YO SOY EL PAN VIVO BAJADO DEL CIELO
Viernes Santo 24 de marzo de 1989

de todos, a tal grado que el Concilio Vaticano II afirma: "*El miembro que no contribuye según su propia capacidad al aumento del cuerpo debe reputarse como inútil para el cuerpo y para sí mismo" (Apostolicam Actuositatem*, 2).

Una, Santa, Católica y Apostólica.

Uno de los grandes aportes del Concilio es que pone en el centro a las Iglesias particulares o locales y concibe a la Iglesia universal como la comunión de todas ellas, en consecuencia cada obispo tiene plena potestad en su Iglesia particular y como sucesor de los Apóstoles, presidiendo el colegio presbiteral (los sacerdotes), le corresponde velar por la vida espiritual sana, la comunión y la fidelidad de su comunidad diocesana a Jesucristo y a su Iglesia. Pero los pastores no existen sólo en función de su propia jurisdicción, sino que deben estar abiertos a las demás Iglesias particulares y a la Iglesia universal, procurando, como un mandato particular, velar para que se cumplan las notas propias de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica. Esa misión común es la que constituye el Colegio Episcopal que se manifiesta, entre otros formas, a través de las Conferencias Episcopales y en momentos muy particulares y decisivos de la historia en Concilios Ecuménicos. Aquí es importante dejar muy claro que el Primado que siempre ha ejercido el Obispo de Roma, semejante al que ejerció Pedro en el Colegio de los Apóstoles, tiene sus raíces desde que Jesucristo le dice a Pedro que él será la "piedra" sobre la que construirá su Iglesia (Mt16,18), por lo que desde el comienzo en todas las listas de los Apóstoles él siempre es el primero. Jesús le encomienda también a él, el oficio de apacentar las ovejas y los cabritos (Jn 21, 15-17) y todos los textos del Nuevo Testamento testifican, sin excepción, el puesto singular de Pedro, muestra de que esto no es una interpretación de algunas comunidades, sino que es un mandato del Señor mismo. Desde el comienzo de la Iglesia, fue reconocido pacíficamente este Primado, que luego se oficializó sin resistencias significativas durante muchos siglos, quedando así como una de las primeras tradiciones el Primado romano al servicio de la comunión universal de las Iglesias particulares.

Diálogo con el mundo.

Una de las diferencias que hay entre una secta y una Iglesia es que las sectas consideran irremediablemente perdido al mundo exterior y hacen todo lo posible por separarse de él, en cambio las Iglesias consideran que también hay signos de salvación fuera de sus fronteras y, en consecuencia, adoptan una actitud de diálogo con el mundo. Una actitud que sólo se queja de la situación y se apropia de cualquier cosa buena como que si fuera de su propiedad, no hace más que obstaculizar el diálogo con el mundo y termina aislándose. Los cristianos deben sentirse compañeros de viaje de los demás hombres. El Concilio Vaticano II recuerda que "*la Iglesia avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad*" (*Gaudium et Spes* , 40). En definitiva, la Iglesia debe tener la misma actitud de su Maestro, que "*no vino para ser servido, sino para servir*" (Mc 10,45).

La Tradición Cristiana.

Después de esta larga reflexión en la que hemos tocado los temas de la religiosidad, la fe, el cristianismo, la Iglesia y otros más, debemos volver y terminar con la Tradición cristiana y la religiosidad popular. Además del lugar prioritario que le corresponde a la Biblia, consideramos que la Tradición también es parte relevante en nuestra vida cristiana, pues ambas son objeto de inspiración divina. En la Iglesia católica la *encarnación* y la *comunión* son elementos fundamentales. Esto se confirma al valorar juntamente la fe y la caridad, el carisma y la institución, la plegaria y el sacramento, la palabra hablada y la palabra expresada en vidas ejemplares, obras de arte, templos hermosos, festividades populares, imágenes, devociones, etc., debiéndose destacar especialmente las enseñanzas del "*magisterio de la Iglesia*" y todas las *obras de caridad*, en sus diversas modalidades. Muchos de estos elementos no son sustitutos de Dios sino signos o señales que ayudan a hacer visible la gracia o la presencia sobrenatural de lo divino. Esto, al ser una combinación de experiencias espirituales y elementos propios de las culturas de los pueblos, tiene sus riesgos, pero, de algún modo, es el mismo riesgo



"CONSAGRADA IMAGEN DE JESUS NAZARENO DE LA MERCED"

que corrió Dios cuando quiso unirse en su Hijo con las condiciones humanas del pueblo de Israel, dominado por el Imperio Romano y en la encrucijada histórica entre la era antes de Cristo y después de Cristo. Si alguna Iglesia particular tiene raíces y condicionamientos culturales es la de Guatemala, pero si alguna cultura popular tiene elementos de la catolicidad, ésa es la guatemalteca, en sus fiestas, en sus costumbres familiares y populares, en su música, su pintura, escultura, bailes, en su arquitectura y hasta en sus comidas.

Jesús Nazareno de La Merced.

Parte de esta hermosa realidad son nuestras escuelas guatemaltecas de escultura colonial, que en los siglos XVII y XVIII llegaron a tener tanto prestigio como las escuelas de Quito y Cuzco, dejando sus recuerdos en muchos templos de América hispana. Vale la pena recordar que las imágenes son signos y la fuerza del signo no se centra en sí mismo (en este caso sería idolatría) sino en lo que representa, mientras más hermoso es el signo más facilita que se capte el mensaje que debe revelar.

Entre una gran variedad de imágenes se destaca la de Jesús Nazareno de La Merced, tallada por el maestro escultor Mateo de Zúñiga, y encarnada por Joseph de la Cerda en 1655. Con su tierna y penetrante mirada, con su dolor tan patente, Jesús Nazareno de La Merced siempre ha conmovido corazones y despertado tanta devoción que entre los diversos honores y reconocimientos que se le han dado, basta recordar que los Papas Paulo V, Alejandro VII, Inocencio XI, Clemente XII y Pío VI promulgaron bulas concediendo gracias, privilegios e indulgencias a los hermanos devotos de su Cofradía, y desde 1721 es el Patrón Jurado de la Ciudad. Nunca ha dejado de recorrer nuestras calles acompañado de multitud de feligreses, en Santiago de Guatemala hasta 1778 y desde entonces en la Nueva Guatemala de La Asunción.

Es nuestro, somos suyos.

Esa imagen de Jesús llevando con su cruz nuestras cruces, sin duda, es fruto de una inspiración divina muy grande para haber contribuido a mantener viva la fe cristiana de este pueblo, en medio de terremotos, pestes, plagas, guerras, persecuciones y las inconsecuencias de los que, de generación en generación, hemos tratado de acercarnos al Hijo de Dios vivo o, tal vez mejor, hemos dejado que Él se nos acerque, tratando de acoger su Palabra, practicar sus enseñanzas especialmente en la práctica de la caridad y seguir nuestro peregrinar con el Pueblo de Dios.

Para que esta densa reflexión teológica con la que hemos tratado de mejorar nuestro **Conocer a Fondo a Jesús,** deje buenos y abundantes frutos para la vida práctica, los invitamos a terminar meditando y respondiendo sinceramente las siguientes preguntas, inspiradas en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola [53]:

- ¿Qué ha hecho Cristo por mí y por mi familia?
- ¿Qué he hecho yo por Cristo y por su Iglesia?
- ¿Qué debo hacer por Cristo y por su Iglesia?

Ricardo Bendaña Perdomo, S.J.

Guatemala de la Asunción, Cuaresma, 2006



"SI SUPIESES AL MENOS ESTE DÍA LO QUE PUEDE TRAERTE LA PAZ" El llanto sobre Jerusalén. Viernes Santo 29 de marzo de 1991.